

Raúl Silva Castro.

FRAGMENTOS

CUANDO era adolescente, me gustaba vagar en la noche por las calles de Santiago. Era una costumbre postiza. Si hubiese respordido a un anhelo profundo de mi alma, me las habría arreglado para mantenerla. Hoy concilio el sueño temprano y no despierto sino hasta que el sol dora los cristales de mi ventana. El sueño es sueño para mí, y no vigilia ni tormenta. Esto me tiene bien con la vida y me da fuerza para trabajar. Lo sé, lo siento.

Pues bien, cuando era adolescente, oí muchas veces, en plena noche, la carrera hostil del tren de los difuntos. Llamo así a un traqueteo de misterioso convoy que a veces cruzaba el aire de la ciudad dormida y llegaba distinto a mis oídos. Era el ruido de un tren en marcha que corría como encajonado entre cerros, de la sombra a la sombra. Sonaba como un tesoro metálico. Era tan poderosa la emoción que me producía este estrépito singular, que a veces me detuve confuso, para oírlo mejor, para no perturbar con el eco de mis pasos ese remoto temblor del aire en calma. La luz de los faroles nocturnos se hacía más aguda, y me parece recordar que en ese momento no cruzaban más vehículos a mi vera. Interrogué a menudo a mis acompañantes sobre aquella misteriosa fuga en el vacío.

Siempre me decían que no la sentían o bien que les parecía algo indistinto y vago.

Era sin duda un tren que corría hacia un mundo para mí ignorado y que llevaba a esa comarca de sombra algo monstruoso. Después lo he bautizado el tren de los muertos. Sí; es un nombre que le conviene, aun cuando está teñido levemente de un romanticismo de mal gusto. El romanticismo y el mal gusto de la adolescencia, poblada de ensueños vagos y misteriosos.

Con esta impresión pretérita combino una que me asalta a veces hasta hoy mismo. Hace pocos días, por ejemplo, al peinarme, abstraído frente a un espejo que me devolvía mi rostro sudoroso por el calor del mediodía, imaginé sentir una sirena que hacía señas. No era una sirena cualquiera sino precisamente esa sirena naviera que sólo se escucha en los puertos. La imagen fué tan viva que todo se transformó en torno mío. Me pareció vivir en la orilla del mar, donde los hombres están de tránsito y las cosas parecen prontas a la despedida. Me pareció que las circunstancias todas de mi existencia habían cambiado; yo mismo no era entonces el ser convencional que escribe unas líneas que no entenderá nadie y que a nadie gustarán, sino un hombre distinto. ¿Cómo era ese hombre? Me imaginé que mi vida había dado una vuelta brusca, como cuando un caminante distraído llega a una esquina y debe doblar de pronto, so pena de atravesar la calle que no había creído encontrar tan luego. Y que no era el hombre que soy, que debe ir a buscar esta tarde un traje que ha mandado planchar, sino un ser de tránsito, que debe emprender viaje cualquier día y que entonces seguirá ansiando lo contrario de lo que yo ansío, en esta envoltura, bajo esta máscara humana. Quiero decir que bajo esa personalidad que me revelaba

de súbito la voz—imaginada—de la sirena, mi deseo legítimo habría sido hacerme sedentario, siquiera por un breve tiempo, coger una rutina, adquirir una pauta de conformidad, mientras que hoy me agradaría ser vagabundo, siquiera por un poco de tiempo. Pero es inútil que intente explicar todo esto. Es muy difícil para mí, y después de todo, no vale la pena en absoluto.

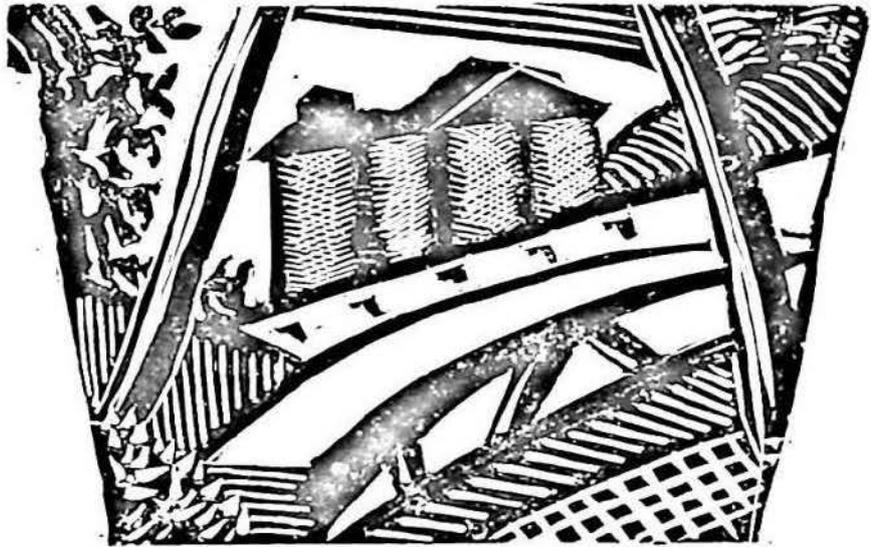
Yo no sé qué edad tendría cuando, a punto de calzar mis primeros pantalones de hombre, me convertí por algún tiempo en campanero de una iglesia. Por el interior de una vieja calle que se extiende hacia el sur de la Alameda se alzaba—se alza todavía—una modesta capilla construída de ladrillos. No tiene propiamente campanarios, sino dos improvisadas torrecillas dispuestas para albergar dos sonoras hermanas gemelas. Anexa a ella existe un pensionado de sacerdotes. Por sus pasadizos me introduje a veces, en unas tardes silenciosas, anheloso de sorprender la vida de los solitarios. Divisé en una sala grande y sombría una mesa de billar en que hacían carambolas dos venerables ancianos para los cuales los tacos eran seguramente más pesados que un bastón para manos de niños. En otras creí ver dormitorios, pobres dormitorios de célibes forzosos, en que jamás resuena la voz de la alegría. Raídas alfombras cubrían los pisos de estas habitaciones. Pero estas piezas se alineaban en corredores abiertos hacia patios frescos y sombríos. Patios en que la vegetación crecía con una abundancia fabulosa, gracias sin duda a los cuidados de un jardinero también viejo y achacoso. Hoy pienso que si las plantas hubiesen seguido la misma norma de abstinencia que presidía las existencias de esos sacerdotes, estos venerables hombres no habrían disfrutado de esa fres-

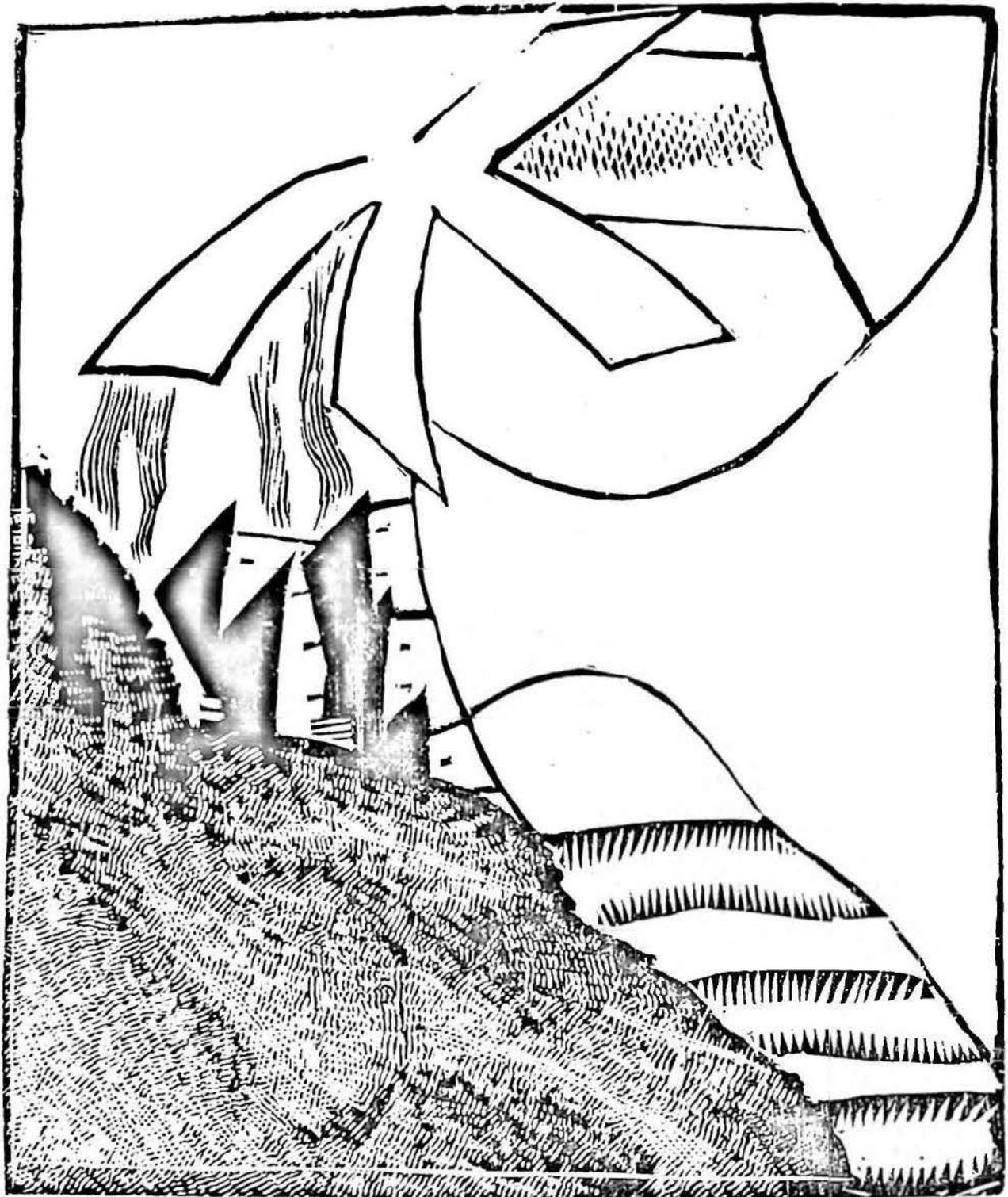
ca sombra que reconciliaba con el mundo. Pero estos pensamientos son blasfemos.

Gracias a no sé qué recurso extraordinario, yo que jamás fuí partidario de hacer amistades, me hice amigo del sacristán de esa iglesia. Era un hombre parecido al Chaplin que poco más tarde me iba a encontrar en las pantallas del cine. Quiero decir con esto que tenía los ojos brillantes, un bigote recortado como cepillo y el pelo un poco crespo. Era moreno como son todos los sacristanes chilenos, y también como todo ellos vestía con sencillez deslustrada. Sus maneras eran respetuosas; jamás se creyó autorizado a darme la mano, y siempre me trató con evidente cortesía. Cuando se cantaba, con solemnidad perfumada, el mes de María, mi misión era tocar las campanas que citaban a los fieles. Mi amigo el sacristán tenía mucho que hacer con el arreglo de las velas y de las flores; las beatas que llenaban en confuso enjambre los altares y entre las cuales por cierto no se contaba ninguna de mis tías, ni mis abuelas, ni mi madre, lo llamaban a menudo para que las ayudara en sus empeños. Yo entonces me subía por una escalera de hierro adosada a un muro y desde allí me colgaba de la cuerda que movía la campana. (En ese tiempo la iglesia no disponía sino de una. Hoy tiene ya dos.) La *seña* consistía en una agrupación un poco caprichosa de campanadas seguidas, a las cuales, tras un breve intervalo, seguía una campanada solitaria, que por eso resonaba más agudamente que las demás. Una vez tocadas las tres señas, el sacristán se iba a avisar al sacerdote que estaba encargado de la devoción, y la ceremonia comenzaba luego.

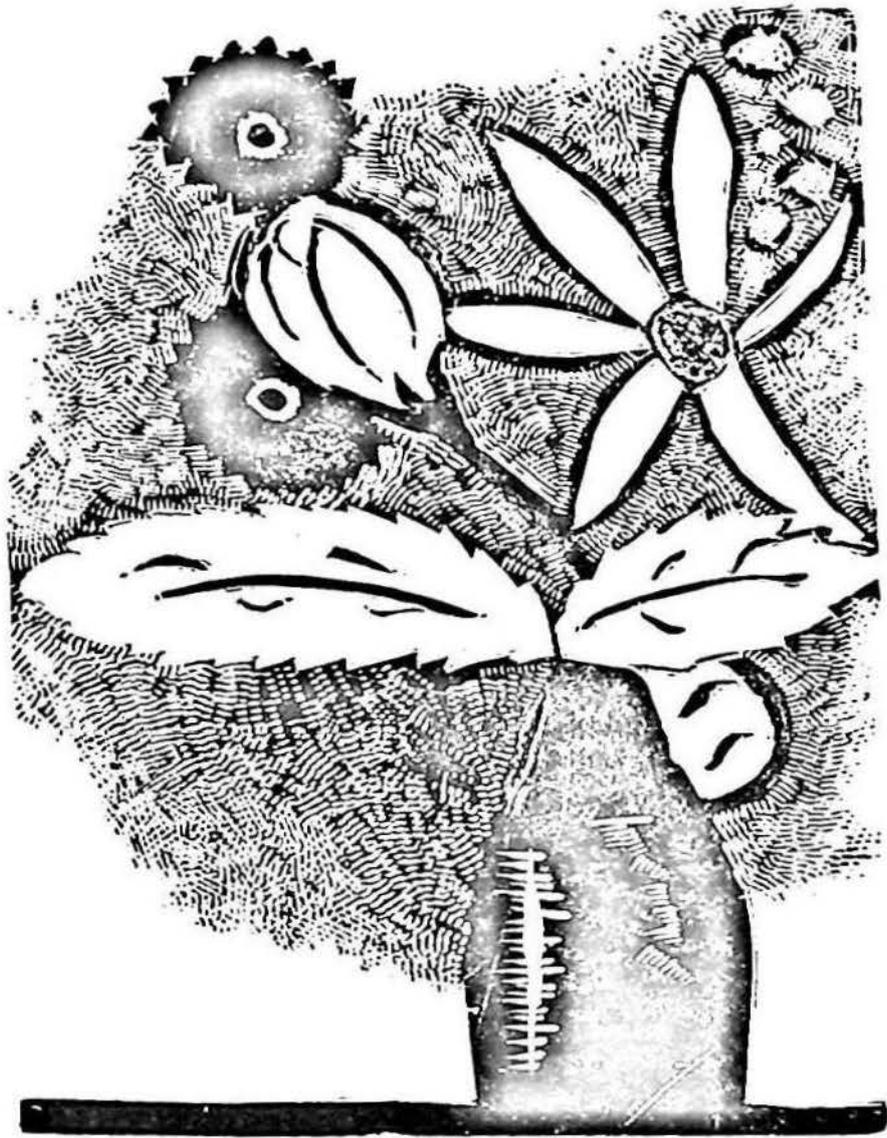
Muchas veces asistí también, discretamente asilado en la sombra de la sala, al acto en que el sacerdote se revestía de sus ornamentos. Era una ceremonia sencilla, a la cual mi amigo el sacristán ayudaba con expedición y respeto. En esa sala, el presbiterio, se musitaba apenas, y era frecuente ver al sacerdote mover los

MADERAS DE MARTA VILLANUEVA









labios en silenciosa oración mientras se le ponían los paramentos sagrados. Parecía abstraído en otro mundo, ajeno al ambiente terreno en que su cuerpo se movía. Pero si un paramento había sido mal colocado, lo corregía él mismo con presto movimiento y a veces por esta inadvertencia mi amigo el sacristán se llevó unas miradas que me parecieron coléricas. En unos armarios que cubrían la parte baja de las paredes se guardaban hábitos relucientes de sedas y bordaduras. En otros había un vasto depósito de velas de cera, de gruesos y formas diferentes, que despedían un cálido y pegajoso olor. En otros, en fin, se juntaban vinajeras, copones, paños para el altar y varias chucherías sagradas. Había paramentos especiales para ciertas ceremonias y para días determinados.

Entre los sacerdotes que vivían en el pensionado fui amigo sólo de uno, que era también profesor. Era un hombre altísimo, de antipática fisonomía. Sus pies eran enormes y sobresalían mucho de sus sotanas. Sus manos eran muy grandes, y a menudo, al accionar, las golpeaba fuertemente contra el vientre. Su abdomen era prominente, y las manos estrelladas sobre él producían un curioso ruido que no he vuelto a oír. Aunque era muy flaco, su vientre sobresalía de la línea general de su cuerpo. Esto daba a su figura un aire extraño, inarmónico, que conducía fácilmente a la hilaridad a quien viera en la calle, cobijada bajo un sombrero clerical de alas muy pronunciadas, tan desmesurada humanidad. Más cómico era todavía cuando—supremo lujo—reemplazaba ese sombrero de diario por otro de peludo fieltro, muy elegante, pero de alas tan breves que hacían un feísimo marco a sus abultadas facciones.

Un día me invitó a un salón de recibo en el pensionado de la iglesia de que vengo hablando, y me contó su viaje por Tierra Santa. Lo había hecho varios años antes, cuando era más joven, y a su recuerdo se emo-

cionaba. En el viaje había revivido una por una las etapas de la vida del Salvador, y a menudo asomaban las lágrimas a sus ojos cuando evocaba la belleza de los atardeceres de Tierra Santa, la paz del lago de Tiberiades, la torva hermosura del huerto de los olivos. De ese mismo viaje había traído unas reliquias que me mostró. Se trataba de unos fragmentos de maderos de la cruz del Salvador, de tierra cogida en el sitio en que estuvo clavada la Cruz, de hojas de los retoños de los olivos que el Rey del Mundo regó con su sangre.

No parecía tan conmovido cuando me mostraba esos tesoros como cuando me hablaba de las bellezas de la santa tierra israelita. Indudablemente se había familiarizado mucho con ellos, y en cambio su viaje no había sido más que uno y no se iba a repetir. Me regaló algunos de esos tesoros, y aunque me recomendó muchísimo conservarlos con cuidado, los perdí pronto. Los fragmentos del santo madero se confundieron un día cualquiera con esas hilachas que en el fondo del bolsillo le nacen a uno como por generación espontánea y que son como el sudor del traje. La tierra fué a dar a la tierra del patio de mi casa, y no se distinguía, a fe mía, de la que allí se encontraba. Las hojas de los olivos sacros se resquebrajaron, se rompieron en minúsculas partículas y terminaron por correr la misma suerte de los maderos. El hecho es que un día me sentí libre de las reliquias que el largo y flaco sacerdote me había donado con efusión de su ánimo, y no me pesó. Apenas lo noté.

Por ese mismo tiempo debe haberse desencadenado en Europa una vasta tormenta. Algunos lejanos ecos irrumpían en nuestras habituales conversaciones, y poco a poco, se fueron diseñando los bandos y las preferencias. Idólatra de los austriacos—¿por qué? no lo sé—, yo fuí tímidamente germanófilo; más tarde me sedujo Francia por no sé qué detalle singular, pero luego fué Inglaterra la que me conquistó, y sólo por

Inglaterra me pareció justo que se librara la pelea. Pues bien, en las conversaciones que tenía conmigo el sacristán, también se habló a veces de la guerra. Una tarde del verano, próxima ya la noche, tratamos de estas cosas. Nos hallábamos de pie en el corredor al cual se abría la puerta del presbiterio. Nos hacía sombra una mata de madreselva que se elevaba reptando por un pilar y en lo alto se repartía horizontalmente a ambos lados, bajo el techo mismo del corredor. El olor de la madreselva se mezclaba a los de otras plantas florecidas; los pájaros chiaban para acompañar sus últimas diligencias tesoneras; de vez en cuando un tranvía agujereaba el aire en calma con su campanilla presurosa. Debo haber expuesto al sacristán las razones—sentimentales seguramente—por las cuales Francia monopolizaba por entonces mis simpatías, cuando de pronto me paralizó una curiosa frase que exhalaban con suma naturalidad sus labios de hombre maduro.

—Pero en París hay tantas p. . . .—dijo.

Eso era insólito. Yo había escuchado, es cierto, y también dicho muchas veces la palabra, y hasta cierto punto no tenía ya derecho a escandalizarme. Pero oírla en boca del sacristán era ya demasiado fuerte. Me imaginaba a ese hombre como dueño de una vida muy honesta y muy simple. En el ambiente eclesiástico había adquirido unos modales suaves, un poco redondeados, propios de quien tiene que tratar a diario con clérigos y beatas. En suma, la práctica del disimulo, virtud primera de la vida clerical, debía ser para él algo vivo y activo. Yo no era capaz de discernir entonces claramente ciertos matices. y con la conjunción de la hora y del sitio, las palabras del sacristán me parecieron blasfematorias. Había tomado en él por ascetismo lo que no era sino máscara necesaria para tratar con la gente de iglesia y que en ese momento con gusto abandonaba, puesto que yo no era de la misma cuerda.

Creo que esta leve impresión, sentida en plena niñez, ha tenido profunda influencia en mi ánimo. Poco tiempo después las ceremonias de la religión me parecían desprovistas de sentido y seguí concurriendo a la misa dominical por imposición casera, pero no por voluntad mía. Por esos mismos días también cambié el curso de mis lecturas. A las inocuas páginas de Julio Verne y de Enrique Salgari siguieron tímidas y repetidas exploraciones en Pío Baroja, en Dickens, en Azorín. El concepto del mundo se fué transformando para mí. Me pareció, por momentos, que había encontrado mi camino.

Instintivamente les tengo miedo a las triviales amistades de los viajes. Me parece ilegítimo que los hombres traten de conocerse cuando van desplazándose; es decir, cuando han dejado su persona verdadera, su habitual postura, para adoptar la convencional careta que el viaje exige. Para no dar entrada a mi intimidad a los que aspiran a penetrar en ella, me envuelvo en una inmutabilidad hosca, impropia para las frívolas relaciones que el viaje hace prosperar. Comprendo que sería divertido hacer lo contrario, y seguir la corriente del mayor número. Es lógico que se entretengan mucho los viajeros frívolos que bailan, se sacuden, juegan, se sondean sobre sus gustos respectivos y sus congruas vidas. Pero yo no he nacido para eso. La amistad es algo más que el contacto de dos manos que se estrechan y mucho más que las palabras de convencional cortesía que se cambian entre los viajeros. A mí no me interesa en absoluto saber si el vecino de mi litera, a quien no había visto nunca antes y no veré nunca después—¡a Dios gracias!—, ha dormido bien. ¿Por qué me lo pregunta a mí, pues?

Los hombres que viajan a sus anchas son hombres

acorazados y hombres para los cuales no existe ninguna vida interior. Cuando yo viajo hay unas fibras delicadas que me van desgarrando los trenes con su aullido, las estaciones, las maletas hacinadas, los crujidos y bruscos vaivenes de los vehículos, el olor del carbón que se respira en todas partes, los muelles, la pasarela de los barcos que de pronto se retira, mientras entre el buque y la orilla se va precisando una distancia que crece; las lenguas enrevesadas, el pañuelo que no me despide a mí, y que si a mí me despidiera, me molestaría mucho; el estrecho pasadizo donde se hacen los pánicos en las noches de tormenta, el abigarrado bazar del peluquero de a bordo, el cielo que huye con el mar y como él se repite, todo eso, en fin, de que está compuesto el viaje. ¿Cómo sería posible que cuando me voy sintiendo sangrar un poco en cada detalle tuviese tranquilidad suficiente para entablar una nueva relación? Por lo demás, yo quiero mis tardes para mí. En mi maleta he puesto unos libros que anhelo devorar y unos papeles que quiero cubrir de letras. No; no puedo dilapidar horas que son mías y que nadie sino yo sabrá colmar con una pequeña tarea y con una pequeña, recatada, dicha.

Esos otros viajeros desaprensivos, bien lo sé, son los únicos que sacan fruto del viaje. Ellos encuentran unas mujeres alegres, descocadas, que se dan maña para despistar a sus maridos o que los dejan simplemente en tierra. Esas mujeres reciben a esos viajeros con una sonrisa y no vacilan en entregarse a ellos. Es una clase de mujeres que yo no conozco. No temo decirlo: todas las mujeres que conozco tienen la psicología femenina tradicional; es decir, no se entregan a la experiencia sexual por simple deseo de aventura o por curiosidad o por mera sensualidad, como hacen los

hombres fácilmente, sino que piden contenido emocional al minuto que pasa. Es un destino extraño, pero es mi destino. No lo defiendo ni lo injurio: no me parece mejor ni peor que otro alguno. Anoto sólo su carácter definidor y lo inscribo en la órbita de mis pasos.